

SOBRE EL ORDEN MACROESTRUCTURAL EN LOS DICCIONARIOS. PASADO Y PRESENTE

M.^a ISABEL GONZÁLEZ AGUIAR
Universidad de La Laguna

La lexicografía ha experimentado un gran desarrollo en los últimos tiempos. La producción de diccionarios ha aumentado, entre otras razones porque los adelantos en el mundo de la informática han creado una nueva manera de procesar la información, mucho más rápida y ágil. Dado el volumen de datos con que suele trabajar el lexicógrafo, estos medios han aliviado la tarea de almacenaje y tratamiento del material léxico. No obstante, aunque las aplicaciones de estas tecnologías son revolucionarias, éstas no deben suponer que los problemas fundamentales que hay que plantearse y solucionar al emprender la elaboración de un repertorio lexicográfico se desatiendan. Sobre uno de estos problemas, en particular, queremos centrar nuestra atención.

Desde la perspectiva tradicional, se aceptan dos posibles métodos al analizar una lengua: el método semasiológico y el onomasiológico. Según se parta del plano formal o del plano del contenido, se obtienen reflexiones diferentes y complementarias, ambas legítimas y coherentes, ya que la evolución de un sistema lingüístico se lleva a cabo tanto dentro del ámbito de una estructura semasiológica como de una onomasiológica¹. En el plano del léxico, y más concretamente en el terreno de la lexicografía, la dicotomía *semasiología / onomasiología* nos permite distinguir dos tipos de diccionarios según sea la macroestructura, esto es, según las características generales que afectan a la obra en conjunto. En este nivel, el vocabulario que recopila un repertorio lexicográfico puede ordenarse según dos criterios generales: o bien se mantiene el sistema alfabético, que es el más común, o bien se adopta un criterio conceptual.

Para los usuarios, los diccionarios son obras de carácter eminentemente alfabético², las cuales les permiten solucionar, con mayor o menor acierto,

¹ V. K. Baldinger, *Teoría semántica. Hacia una semántica moderna*, Madrid, Alcalá, 1979, pág. 135; S. Ullmann, *Semántica. Introducción a la ciencia del significado*, Madrid, Taurus, 1991, pág. 72.

² M. Alvar Ezquerro, «¿Qué es un diccionario? Al hilo de las definiciones académicas», *LEA*, II-1, 1980, págs. 103-118.

las dudas que surgen en los procesos de descodificación lingüística. A pesar de esta asociación entre diccionario y alfabeto, desde la antigüedad se ha mantenido una disputa en torno a la oportunidad o no de cambiar ese mecanismo formal de organización por otro coherente con el funcionamiento real del lenguaje.

Estos diccionarios alternativos, llamados conceptuales, nocionales, ideológicos, etc., y que se pueden denominar en su conjunto con la etiqueta de onomasiológicos, se agrupan en dos tipos:

1.º Diccionarios que parten de una clasificación previa de la realidad, cuya macroestructura responde a una organización conceptual: los diccionarios ideológicos serían los únicos puros en este sentido, aunque en este apartado también se incluyen los diccionarios temáticos y las nomenclaturas, obras que, por sus características, ocuparían un lugar intermedio en esta clasificación.

2.º Diccionarios que no adoptan una clasificación previa y ordenan su corpus según el alfabeto: su macroestructura es alfabética, aunque microestructuralmente son, en mayor o en menor medida, conceptuales: diccionarios de sinónimos, de ideas afines, etc.

Esta heterogeneidad demuestra que tales obras cubren una carencia real: el deseo de prestar un servicio para mejorar la competencia lingüística de los usuarios en la búsqueda de la voz adecuada para expresar un concepto o una idea, finalidad que se consigue dando una serie de datos sobre el uso de las unidades léxicas, y no un mero recuento, tal y como hacen los diccionarios alfabéticos.

Las tentativas para conseguir reducir el vocabulario de una lengua a un repertorio sistemático han sido diversas, si bien siempre la primacía al realizar un diccionario ha sido para la clasificación alfabética. Tanto en el plano teórico como en el práctico, la atención hacia las obras conceptuales ha sido escasa si la comparamos con la prestada a las alfabéticas. Es más, por lo general, el orden alfabético suele surgir como guía para la búsqueda en los registros conceptuales.

En los diccionarios conceptuales se ha ensayado la aplicación de diversas clasificaciones según se considere cómo se establece la relación entre lenguaje y realidad o entre lenguaje y pensamiento. Este problema, filosófico y lingüístico a la vez, ha sido analizado y entendido de forma bien distinta. Podríamos sintetizar en dos las principales posturas al respecto:

1) **La lengua es una estructura de signos cuya ordenación corresponde unívocamente a la del mundo ontológico.** Se cree posible reducir a un modelo lógico común la estructura de varias lenguas. Estos modelos se han relacionado directamente con las teorías defendidas por filósofos como Descartes, Wilkins o Leibniz, que veían como posible organizar un sistema semántico de unidades partiendo de un sistema de nociones o de una estructura científica lógica.

Esta teoría clásica pasó al medievo a través de dos líneas, la latina y la bizantina. En el caso de la latina, la preocupación central fue considerar

cómo significaban las palabras, cuestión que se relacionó con Dios. En los siglos XVII y XVIII, se reforzó esta postura merced a las tentativas llevadas a cabo para crear una lengua universal, así como por la publicación de la gramática de Port-Royal, cuyas ideas esenciales determinaban que la razón era igual para todos los hombres y que la relación lenguaje-pensamiento era la misma para todas las lenguas.

A finales del s. XIX y principios del XX, esta concepción del lenguaje perdió terreno porque aumentó la curiosidad por investigar las lenguas vivas y el habla. Sin embargo, aun en nuestro siglo, filósofos como B. Russell o L. Wittgenstein retoman la visión especular en una versión llamada lógico-formal, en la que se defiende la existencia de un lenguaje ideal perfecto. Existe para ellos una forma interior que es universal y preexistente a todo idioma, forma que cada lengua rellena de material empírico de manera diferente.

2) **A través de la lengua se moldea y se da forma a la realidad, de una manera propia y diferenciada.** Por ello, ante una evidencia física, no todos los que miran extraen la misma certeza. Ya Bréal consideró que las categorías lógicas no pueden explicar la organización del lenguaje. Mounin, de acuerdo con esta teoría, afirmó que «el lenguaje es ante todo una clasificación y una reorganización operada sobre el flujo ininterrumpido de una experiencia sensible, clasificación y reorganización que tiene como resultado un ordenamiento particular del mundo...»³.

La idea esencial propuesta es que ante la misma realidad cada lengua construye una organización diferente, esto es, somete a una disposición particular los datos de la experiencia. Este principio arranca con las tesis humboldtianas, ya que para Humboldt el lenguaje es una actividad propia de la mente humana, por lo que se amoldará y tomará forma según las circunstancias concretas en cada caso. Esto supone que cada lengua tiene una identidad particular, no sólo por sus sonidos sino también por su peculiar interpretación y comprensión del mundo. Entonces, se puede afirmar que los sistemas lingüísticos no se articulan de una forma caótica, sino que su naturaleza se caracterizará por la sistematicidad en la organización de sus unidades, esto es, por el hecho de estar estructurados⁴. Estas tesis fueron revalorizadas por la lingüística estructural⁵.

³ G. Mounin, «La actividad creadora a la luz de las teorías neo-humboldtianas sobre las lenguas como "visiones del mundo"», en *Los problemas teóricos de las traducción*, Madrid, Gredos, 1977 (2.ª ed.), pág. 63.

⁴ «Esta convicción es la que se expresa cuando se repite que una lengua no es una nomenclatura (Saussure), un repertorio, un inventario (Martinet), un saco de palabras (Harris), una pila de nombres (Whorf)». Vid. G. Mounin, *Claves para la semántica*, Barcelona, Anagrama, 1974, pág. 45; «ningún lingüista argüiría en serio que el vocabulario es completamente amorfo, que carece de toda norma y consideración», vid. S. Ullmann, *op. cit.*, pág. 269; «es difícil de concebir que una lengua opere satisfactoriamente en una cultura dada sin

El papel que cumplen las obras lexicográficas, ya sean alfabéticas (conocer lo que quiere significar un término del que se parte), ya sean onomasiológicas (conocer cómo expresar una idea o concepto), es incuestionable. Pero su función evidencia algo más: **ante la imposibilidad de que los análisis y teorías semánticas proporcionen un método que haga posible rematar con éxito la descripción de la totalidad del léxico, son los diccionarios los que vienen cumpliendo esta labor.** Tanto las tendencias estructuralistas europeas como las teorías generativistas han mostrado su incapacidad para superar los escollos que han encontrado en su camino⁶.

En el dominio de la lexicografía hay parcelas que hasta el momento no han sido analizadas y estudiadas con rigor. Una de esas tareas pendientes es la elaboración de la historia de nuestra lexicografía, circunstancia denunciada por numerosos lexicógrafos.

En el caso de la lexicografía conceptual, contamos con el excelente trabajo de Julio Casares⁷, quien bosquejó el panorama de las clasificaciones sistemáticas del léxico que se habían elaborado desde la antigüedad hasta mediados de este siglo. Mostró que los ensayos para catalogar el vocabulario por materias son antiquísimos e incluso anteriores a los alfabéticos⁸. En Occidente, durante la Edad Media se puede observar una preocupación constante por cómo ordenar los conocimientos, las palabras, todo ello rodeado por la preocupación teológica de la época⁹. En esta época la ordenación onomasiológica jugó un papel importante como método didáctico que facilitaba la memorización de información (en la enseñanza de lenguas, en los manuales de retórica, etc.)¹⁰. Las enciclopedias medievales so-

que su vocabulario se estructure a partir de los principios complementarios de hiponimia y contraste...» (Lyons, *Semántica*, Barcelona, Teide, 1989, pág. 277).

⁵ Dentro del estructuralismo europeo, la investigación se ha desarrollado en varios planos. Ullmann ha hablado de tres, ya que para conocer sobre qué bases se organiza el léxico de una lengua, no sólo se han hecho estudios sobre palabras aisladas (Bally y sus «campos asociativos»), sino también sobre esferas conceptuales («campos semánticos») o sobre el vocabulario en su conjunto. En el último caso, los intentos se han dirigido especialmente a idear un sistema racional de los conceptos. Los resultados no han sido prometedores en el sentido de aclarar cuál debe ser la vía de estudios para acometer la descripción total del vocabulario.

⁶ V. J. Rey-Debove, «Le domaine du dictionnaire», en *Langages*, 19, 1970, pág. 7.

⁷ Julio Casares, *Nuevo concepto del diccionario de la lengua y otros problemas de lexicografía y gramática*, Madrid, 1941, Cap. III, págs. 91-111.

⁸ A este hecho hace alusión Tom McArthur: «The thematic mode, however, is the older, broader tradition, with its roots in the classical traditions of Plato, Aristotle and Pliny, and with strong foundations in the world of medieval Scholasticism» (en «Thematic lexicography», en R. R. K. Hartmann, *The History of Lexicography* (Papers from the Dictionary Research Centre Seminar at Exeter, 1986), Amsterdam/Philadelphia, Johns Benjamins Publishing Company, 1986, págs. 157-166).

⁹ «El recurso a este orden formal, considerado por lo general como fruto de un sentimiento de desorden ontológico o de una explosión, bien podría reflejar la perplejidad ante un orden secreto, no precisado por la revelación, y sin embargo presente en los signos del lenguaje» (Alain Rey, *Enciclopedias y diccionarios*, Méjico, 1988, págs. 95-96).

¹⁰ Más información sobre la situación en esta época la podemos encontrar en Claude Buridant, «Lexicographie médiévale. Esquisse de bilan et perspective de recherche», *Lexique*, 4, 1986, págs. 9-46.

lían combinar una parte estructurada metódicamente junto con otra alfabética¹¹.

En el siglo XVIII es importante el interés que adquiere en España el estudio de la sinonimia y la elaboración de diccionarios de sinónimos, obras con las que se quería evidenciar la riqueza léxica de la lengua española. Va a ser a finales del s. XIX cuando el método onomasiológico tenga un desarrollo destacado, dando lugar a la aparición y auge de disciplinas como la geografía lingüística.

El primer diccionario de ideas completo en su organización lógica apareció para el inglés, y fue el *Thesaurus of English Words and Phrases*, publicado en 1852 y elaborado por Roget. Esta obra ha sido el modelo de diccionario onomasiológico moderno. Partió de una clasificación filosófica inspirada en las ciencias naturales, la cual sigue el esquema de Bacon y de la *Enciclopedia Británica*. Este modelo tuvo como desventaja el hecho de que fuera apriorístico, pues consistía en un esquema donde se iban insertando las unidades léxicas.

Tras su publicación surgen para otras lenguas diccionarios que copian su modelo: para el francés (T. Roberston, 1859), para el alemán (D. Sanders, 1878), para el italiano (Zanotto, 1852-55), para el español (E. Benot), etc. Por otra parte, se han presentado algunas propuestas de modificación al esquema de Roget por parte de lingüistas como F. Dornseiff, R. Hallig y Wartburg y Arthur Bivar, entre otros.

En el siglo XX el auge del estructuralismo ha fortalecido el desarrollo de obras lexicográficas onomasiológicas. Así, aparece en torno a la 2.ª década de este siglo una corriente importante en contra de la catalogación alfabética del léxico y a favor de una ordenación más coherente con las relaciones lingüísticas¹². Los trabajos a favor y en contra de los estudios onomasiológicos se han simultaneado en este siglo. Así, en torno a los años 50, junto con los esfuerzos desplegados por buscar relaciones sistemáticas en el vocabulario dentro de la teoría de los campos, aumenta la preocupación por configurar, de acuerdo con estas ideas, las obras lexicográficas. Se llegan a realizar tentativas «buscándose no sólo un orden inmanente del lenguaje, sino refugiándose también en criterios de clasificación no inherentes al lenguaje»¹³.

De este modo, surgió uno de los esquemas más ambiciosos para darle un orden jerárquico al vocabulario de una lengua, y fue el presentado por Hallig y Wartburg en 1952, bajo el título de *Begriffssystem* o *Sistema razonado de conceptos*. Esta alternativa al orden alfabético sustentaba su organización en un sistema que se proponía como universal y que pretendía reflejar los

¹¹ Martín Mingorance cita como ejemplos de proyectos onomasiológicos enciclopédicos antiguos la *Historia Naturalis* de Plinio el Viejo, las *Etimologías* de San Isidoro de Sevilla o el *Speculum Majus* de Beauvais.

¹² V. Kurt Baldinger, *La semasiología (Ensayo de un cuadro de conjunto)*, Rosario, Universidad Nacional del Litoral, 1964, págs. 10-11.

¹³ V. Wojak, *Investigaciones sobre la estructura del significado*, Madrid, Gredos, 1979, pág. 17 (nota 15).

medios de expresión que constituyen el vocabulario de una lengua, para darnos así a conocer su lógica interna. La propuesta la presentaron sus autores como un instrumento para el uso de la lengua, y no para su estudio, es decir, una forma para disponer de todos los medios de expresión que, ante una necesidad designativa concreta, la lengua ofrece¹⁴.

De las propuestas onomasiológicas de este siglo, nos interesa destacar una serie de diccionarios y de proyectos, que muestran el interés y la productividad que tiene en lexicografía el método onomasiológico:

- Para la lengua inglesa el mejor exponente es la obra de Tom McArthur, *Longman Lexicon of Contemporary English* (1981), diccionario ideológico que se presenta como continuador de la línea de trabajo ya emprendida por Comenius y por Roget. Se reclama como la obra que ofrece la descripción más compacta del vocabulario básico de la lengua inglesa, ya que no sólo organiza las voces de forma conceptual, sino que da de cada voz su definición y adjunta ejemplos de uso.

- K. Baldinger ha aplicado a antiguas variedades dialectales del francés este método: *Dictionnaire onomasiologique de l'ancien occitan (DAO)* y *Dictionnaire onomasiologique de l'ancien gascon (DAG)*.

- H. Vernay, con su *Dictionnaire onomasiologique des langues romanes (DOLR)*, que comenzó a publicarse a partir de 1991, ha querido contribuir a la descripción comparativa de las lenguas románicas. Su modelo se basa en un sistema noémico o conceptual, un modelo teórico sobre el que se pueden proyectar las estructuras inmanentes de los vocabularios de diferentes lenguas. En este proyecto vemos que se distancia de la propuesta hecha por Hallig y Wartburg, que sugería un sistema razonado común a todas las lenguas.

- Para el francés han aparecido proyectos que superan las carencias de los diccionarios tradicionales, como es el caso de los diccionarios analógicos, que no tienen paralelos en lenguas como el inglés o el alemán. En este ámbito idiomático se dispone del «Robert Methodique» o *Dictionnaire méthodique de la langue française* (1982), obra dirigida por A. Rey y J. Rey-Debove; también del *Thesaurus Larousse (des idées aux mots, des mots aux idées)*, dirigido por Daniel Péchoin, que se presenta como una obra novedosa, sin equivalente anterior en la lexicografía francesa, aunque sí entre los anglófonos desde hace siglo y medio (Roget).

En la lexicografía española la producción de obras onomasiológicas no ha sido muy copiosa. Julio Casares defendió con firmeza la necesidad de disponer de un repertorio sistemático del léxico español, defensa que cul-

¹⁴ Las críticas a esta propuesta no se hicieron esperar. La más completa fue la de Tollenaere en 1960, quien analizó y desechó cada una de las bases del *Begriffssystem*, para acabar demostrando las ventajas de los diccionarios alfabéticos, ya que sus aplicaciones son más realistas y realizables que las aplicaciones de una obra onomasiológica (F. de Tollenaere, «Lexicographie alphabétique ou onomasiologique», *Clex*, VI, I, 1960, págs. 19-29). Este mismo estudioso admitió en su crítica que el análisis conceptual respondía a unas necesidades concretas, pero consideró que sólo podría tener aplicación como complemento del alfabético.)

minó con la publicación de su *Diccionario ideológico*. Se llegó a calificar a sí mismo como «el luchador más adelantado de la cruzada contra el orden alfabético»¹⁵, calificativo que define con perfección el papel de este lexicógrafo y lingüista en la historia de nuestra lexicografía. Antes de Casares, ya Cienfuegos, a finales del s. XVIII había instado a la Real Academia Española a emprender la tarea de confeccionar una clasificación viva del vocabulario, empresa que la institución no llegó a acometer¹⁶. En 1869 se leyó otro discurso en la Academia, esta vez a cargo de Francisco Cutanda, donde se trataba del mismo tema¹⁷. Sin embargo, el discurso académico que mejor razona los motivos para emprender la redacción de un diccionario conceptual es el de ingreso de Casares en 1921.

Pero antes del *Diccionario* de Casares, otros dos estudiosos de la lengua, José Ruiz de León y Eduardo Benot, emprendieron tareas semejantes:

En efecto, en 1879 apareció el *Inventario de la lengua castellana (Índice ideológico del Diccionario de la Academia por cuyo medio se hallarán los vocablos ignorados u olvidados que se necesiten para hablar o escribir en castellano)*, de José Ruiz de León, proyecto que quedó sin concluir, ya que sólo llegó a publicarse el primer tomo dedicado a los verbos. La intención de su autor era «inventariar y ordenar metódicamente los ricos caudales de la lengua castellana». Ruiz de León, ante la imposibilidad de aplicar las clasificaciones de ideas propuestas por Bacon, D'Alambert o Ampere, encontró salida en Santo Tomás de Aquino, de quien tomó la división según las categorías gramaticales¹⁸.

Posteriormente apareció la obra de E. Benot, *Diccionario de ideas afines*, que es una adaptación del diccionario de Roget al español, hecho que su propio autor reconoció en el prólogo de la misma. Al margen del desacierto de intentar calcar para el español el mismo sistema taxonómico que Roget había aplicado al inglés, su obra pretende complementar el papel

¹⁵ J. Casares, «¿Qué es lo moderno en lexicografía?», *BRAE*, 1951, C. XXXII, pág. 13.

¹⁶ En el discurso de recepción en la Academia, en octubre de 1799, pronunció Cienfuegos las siguientes palabras: «Tú (la Academia) que tanto has trabajado para dar un *Vocabulario* ... acometerás luego la grande empresa de formar un *Diccionario* metódico en que las palabras ocupen su lugar, no según el orden alfabético, sino según el orden de las ideas, que es el orden de la naturaleza...» (Palabras que tomamos de José Ruiz de León en el Prólogo de su *Inventario de la lengua castellana*, pág. XXX).

¹⁷ El discurso se titulaba «Estudio sobre la posibilidad y la utilidad de clasificar metódicamente las palabras de un idioma; Preliminares para la ejecución de este pensamiento y observaciones concretas a la clasificación de los verbos radicales castellanos», Madrid, 1869.

¹⁸ Tras esta división general, siguió otras divisiones propuestas por diferentes gramáticos, para pasar posteriormente a otras subdivisiones, dictadas en este caso por razones prácticas, y así «colocar los vocablos en distintos grupos con lógico y racional ordenamiento», según iba recorriendo el corpus del Diccionario académico. En el prólogo, nos confirma cómo en su obra el criterio práctico ha prevalecido sobre el científico: «El de aquellos filósofos, viene a ser una nomenclatura de las ciencias y de las artes: lo que aquí se busca es una ordenación de todas las nociones, desde las más sublimes y metafísicas hasta las más groseras y vulgares, no concertadas en cuerpo de ciencia, sino puestas al alcance del adquiridor por sus relaciones de analogía y parentesco, sin atender a conceptos más trascendentales». (Prólogo, pág. XVIII, XIX).

del clásico diccionario alfabético y ofrece la riqueza léxica que desconoce el usuario¹⁹.

Sin lugar a dudas, la obra lexicográfica ideológica más destacada sobre nuestro idioma ha sido el *Diccionario Ideológico de la lengua española* de Julio Casares (1942). El método que eligió Casares para estructurar el vocabulario fue radicalmente diferente al que Roget había propuesto en su *Thesaurus*. Desechó la posibilidad de idear un método apriorístico, con base científica, y siguió un método opuesto que fuera práctico y útil para el usuario. Con el fin de sistematizar todas las palabras decidió ir reuniendo grupos de voces afines en tantas casillas como fuera necesario, sin que en ningún momento la clasificación se viera forzada por un sistema preestablecido. En todo momento intentó que se mantuviera a la par una clasificación justificable teóricamente y que no obedeciera a un criterio disparatado. Con este sistema de trabajo llegó a fijar las 2.000 casillas bajo las cuales dispuso el léxico²⁰.

Si la figura de Casares es fundamental en el panorama de la lexicografía española, no podemos dejar de mencionar a M.ª Moliner. Su *Diccionario de uso del español* se presentó como una obra tanto semasiológica como onomasiológica, pues en sus artículos no sólo se preocupaba por proporcionar información decodificadora y gramatical, sino además por poner a disposición del usuario «todos los recursos de que el idioma dispone para nombrar una cosa, para expresar una idea con la máxima precisión o para realizar verbalmente cualquier acto expresivo»²¹.

El último diccionario conceptual publicado ha sido el *Diccionario ideológico de la lengua española*, de Vox (1995)²². Este repertorio se presenta

¹⁹ «¡En verdad que pasma de asombro, cuando se estudian estas listas de voces ordenadas ideológicamente, el considerar lo poco, poquísimo, que tenemos a nuestra disposición en los inmensos recursos de la lengua!» (E. Benot, en el «Prólogo» a su *Diccionario*).

²⁰ La informatización del *DILE* ha sido propuesta por A. Sánchez Valderrábanos, E. Torrejón Pérez y M. A. De Pineda Pérez. (V. «Un sistema de consulta automatizada para el "Diccionario ideológico de la lengua española" de Julio Casares», en *RSEL*, 22(1), 1992, págs. 135-154).

²¹ M.ª Moliner, *Diccionario de uso del español*, Madrid, 1988, pág. II. En la *Presentación* nos aclara: «Pero si no hubiese prevalecido el deseo de no alargar el título, esta obra se llamaría "diccionario orgánico y de uso del español"; porque, en efecto, por un lado, se construye en ella, mediante los catálogos de referencias a que se alude antes, la agrupación lógica de los conceptos, que la ordenación alfabética de las palabras, sin duda maravilloso instrumento para la busca, disuelve en un conjunto asistemático».

²² La casa Vox, desde la década de los 70 publicó el *Diccionario temático de la lengua española* (1975), cuya organización no se basa en una clasificación previa de los conceptos, sino en la ordenación alfabética de las cabeceras de una serie de grupos temáticos que se establecen. En el Prólogo de Juan Alcina Franch se nos expone la finalidad de este diccionario: «El presente diccionario pretende facilitar la llegada a través de los centros temáticos, a un reducido número de áreas de significado que comprenden un conjunto no exhaustivo pero sí suficiente de palabras relacionadas semánticamente con la realidad que tal área contiene. De esta manera, al mismo tiempo que constituye una obra de consulta que permite conseguir rápidamente el sinónimo o la palabra del vocabulario pasivo del hablante que no acude a la mente del que escriba, es también una excelente ordenación para, en el terreno puramente práctico de las clases de lengua, construir ejercicios de enriquecimiento sistemático del vocabulario». Esta línea de trabajo abierta con este repertorio no ha tenido continuación.

como «la primera obra que ofrece una perspectiva verdaderamente ideológica de nuestra lengua», con lo que se minusvalora el registro elaborado por Casares. Quizás su limitación más destacada sea que imposibilita la búsqueda directa en la parte analógica, al no organizarla según el criterio alfabético, sino manteniendo la clasificación conceptual inicial. La búsqueda se debe hacer en este repertorio consultando previamente el índice alfabético. Aparte de esta característica, presenta otras diferencias respecto al diccionario de Casares, ya que reestructura el cuadro general de clasificación (en lugar de 38 son 35 secciones), disminuye el número de casillas de la parte analógica (de 2.000 casillas se pasa a 1.274), etc.

Por último, debemos citar la aportación de Martín Mingorance, quien examinó las clasificaciones que se habían adoptado en los diccionarios onomasiológicos²³. Sostiene este autor que las aportaciones de la semántica estructural deben complementarse con las aportaciones de otros modelos lingüísticos más recientes. De esta conjunción de teorías surge la propuesta de un nuevo tipo de diccionario onomasiológico, que incorpore al corpus de la obra los datos combinatorios, tan necesarios para conseguir utilizar con propiedad las unidades que se describen según sus relaciones paradigmáticas²⁴. Según estos principios ideó la elaboración de un *Lexicón contrastivo inglés-español*, proyecto que continúa la línea que para el inglés ya desarrolló McArthur en su *Lexicon*.

La lexicografía onomasiológica, como hemos podido comprobar, está engendrando productos cada vez más logrados. Una vía de trabajo dentro de este campo, no cultivada en los repertorios de las modalidades dialectales del español (o por lo menos no tenemos conocimiento de ello), es la de realizar diccionarios regionales conceptuales. En nuestro caso, proponemos aplicar este análisis a la modalidad dialectal canaria. En este sentido, los trabajos realizados hasta el momento, nos han permitido comprobar que:

- El método conceptual será un método que siempre se tendrá que complementar con el alfabético. Ambos son válidos, pero la práctica muestra que el orden alfabético guía en la búsqueda con rapidez y comodidad.
- La clasificación perfecta del léxico es un ideal inasequible. Toda clasificación será siempre artificial y transitoria, y por definición, imperfecta.
- En la ordenación por conceptos de las voces, se debe tener en cuenta el conocimiento del mundo que se exterioriza en el uso de las palabras: campos de interés, identificación signo-cosa por el hablante... Todo esto

²³ Leocadio Martín Mingorance, «La lexicografía onomasiológica», en *Aspectos de lexicografía contemporánea*, Barcelona, Bibliograf, 1994, págs. 15-27. Habla de dos corrientes bien diferenciadas en la aplicación de los modelos básicos de conceptualización del mundo: el modelo de conceptualización aristotélico (filosofía de las esencias), basado en las diferencias cualitativas, y el modelo surgido tras Bacon (revolución científica del siglo XVII).

²⁴ Martín Mingorance, tomando como base la estrecha relación de complementariedad existente entre el eje paradigmático y el sintagmático para describir la estructura semántica del léxico, ha propuesto la realización de un diccionario onomasiológico que necesariamente se tendría que combinar con lo que es un diccionario de valencias.

determinará que más que jerarquizar signos, lo que estemos organizando sean las cosas. La estructuración será esencialmente práctica, según el conocimiento que exteriorizan los hablantes y no científica, filosófica o natural.

De otro lado, las aportaciones de una obra regional concebida bajo una planta conceptual son diversas, condensémoslas en dos bloques:

a) Con respecto al estudioso de la lengua, un catálogo de estas características le proporcionaría unos datos valiosos para analizar objetivamente la diversidad de nuestro vocabulario y la capacidad creativa de nuestras hablas, para realizar estudios contrastivos con otras modalidades, para elaborar cuestionarios dialectales, etc.

b) Con respecto al hablante, afianzaría su capacidad codificadora al ofrecerle la riqueza léxica y fraseológica de nuestra variedad dialectal, catalogada orgánicamente. En la enseñanza se podría utilizar como medio didáctico para el conocimiento de nuestras particularidades en el vocabulario. Igualmente determinados sectores, como periodistas, escritores, folcloristas, etc., podrían aprovecharse de sus aplicaciones. Estas aplicaciones son tanto más perentorias en cuanto que la vitalidad de nuestro vocabulario diferencial está en franco declive.

Pero además, todo diccionario, como obra social, esto es, como depósito donde se almacena el saber humano, revela los rasgos propios de los hablantes. En especial son los diccionarios conceptuales los que mejor exteriorizan y transparentan esa riqueza en el conocimiento del hombre. En palabras de Casares: «quien quiera saber cómo se reflejan en la lengua la mentalidad, la imaginación, la sensibilidad y hasta las instituciones de una comunidad lingüística, tendrá que acudir necesariamente a un diccionario ideológico porque sólo allí podrá ver agrupadas todas las fórmulas que esa comunidad adoptó o inventó para expresar una noción determinada»²⁵.

Como subrayó en su día Casares, una obra de este tipo se presenta como posible lenitivo a la necesidad de facilitar las operaciones activas del lenguaje, esto es, una obra que ayude a hablar, a escribir, pero también a pensar.

²⁵ V. Casares, *art. cit.*, pág. 17.